



Cuando pasen  
diecisiete años

## y ConVersos

### Los poetas del año 2000

Dentro de diecisiete años, ya se sabe, será el año 2000. ¡Bienaventurados los que lleguen a vivirlo! Pero no esperemos a que llegue para hacernos una pregunta que, con toda probabilidad, se harán entonces: ¿Cuál ha sido, en poesía, el movimiento característico del siglo XX? La respuesta, ahora, creo que no plantea dudas y que todos estaremos de acuerdo. El surrealismo. De aquí a diecisiete años puede que surja un movimiento tan intenso, tan reversivo, y a la vez tan fértil. ¡Ojalá, para los poetas del 2000! Mas, por el momento, no tenemos otro que califique más exactamente el siglo que ya va camino de extinguirse. De los «ismos» brotados en la postguerra del 1918, bien fecundos en las demás artes, ninguno no ha perdurado tanto en las letras. Hoy es fácil encontrar rastros, a veces sutiles, otras estallantes, en los poetas en activo. La poesía se ha escrito, después de los surrealistas, de una manera diferente. Incluso por aquellos que han querido escapar a su influencia.

Y la cuestión es que no se puede huir de las influencias. El surrealismo fue posible gracias a la existencia previa de los simbolistas. Eluard no brillaría de un modo tan cegador si, antes que él, no hubiese habido el soneto de las vocales de Rimbaud o el de las correspondencias de Baudelaire. Sin olvidar la prosa delirante de Lautréamont, madre de otros surrealistas, como Philippe Soupault, Benjamín Péret, René Crevel o Hans Arp. Pero la cuestión no se agota aquí. Ni Rimbaud, ni Baudelaire, ni Verlaine, ni Mallarmé habrían podido deslumbrarnos si, antes que ellos, no hubieran estado los románticos.

La historia de la poesía es la historia de una evolución sucesiva, de un proceso en el cual la materia poética (que nunca deja de existir en estado virgen) es tomada por los hombres, que la pastan y la amasan siguiendo la lección de sus predecesores, intentando darle un nuevo aspecto. Los surrealistas cogieron la materia en el estado en que la habían dejado los simbolistas, quienes, en su momento, la habían recogido tal y como se la presentaban los románticos. Es en los románticos donde salta, por vez primera, la revolución poética.

No hay como leer a Schlegel para confirmarlo. «La poesía romántica —decía— es una poesía universal progresiva. Su destino no es únicamente el de reunir los diferentes géneros de la poesía y ponerla en contacto con la filosofía y la retórica. Quiere, y debe, ora mezclar, ora fundir, prosa y poesía, crítica y genialidad, poesía de arte y poesía natural; tornar sociable y viviente la poesía, la vida y la sociedad poéticas, saciar y saturar las formas del arte con un vigoroso contenido, animarlas con las vibrantes pulsaciones del humor.» ¿Quién no suscribirá, ahora mismo, esas palabras de Schlegel dirigidas a Novalis? ¿Quién no haría suyas estas otras?: «La poesía —continuaba— puede, como la epopeya, convertirse en el espejo del mundo que la rodea, una imagen del siglo. Y, con eso y con todo, puede quedar suspensa entre el representante y lo que representa, libre de todo interés real e ideal, planear con las alas de la reflexión poética, elevar siempre más esta reflexión a la potencia y multiplicarla como en una serie infinita de espejos.»

¿Cuántos de los simbolistas, o de los surrealistas, no procedieron en sus obras —mutatis mutandi— según la teorización de Schlegel? No sé, ni creo que nadie lo sepa, cómo será la poesía del año 2000. Pero pienso que se puede afirmar que habrá de ser una mezcla de las herencias anteriores, una «poesía universal progresiva» y, no hará falta decirlo, «el espejo del mundo que la rodea», espejo multiplicado hasta el infinito. Al fin y al cabo, la poesía no es si no el arte de expresar el mundo sensible.

Confiemos, eso sí, que en el año 2000 continúen existiendo los poetas. Hipótesis dudosa. No hay si no fijarse en las terroríficas armas que nos anuncia Reagan. Una vez que las tenga, este señor, u otro señor de la guerra, puede oprimir un botoncillo rojo y... ¡al carajo el mundo sensible y los poetas capaces de expresarlo! Contra esa casta de locos atolondrados los poetas nunca tuvieron más arma que los versos de denuncia. Arma bien precaria. Porque su fuerza no es otra que poder transmitirlos a la posteridad. Pero, si no hay posteridad, ¿de qué servirán?



Ricardo Blasco

EDUARDO G. RICO  
La polémica no ha terminado. «Le Monde» ya ha publicado más de veinte artículos, alguno inesperado, como el de Vercors, que se mantenía callado desde hace veintisiete años, y que, aunque confiesa mantener los mismos ideales, se sorprende de que le llamen, de que pidan su voz. Se dirá: es su problema. Lo es. Las encuestas que aquí en Madrid hemos realizado nos encaminan por otros senderos. Venimos de distintos pasados.

La convocatoria de Max Gallo el 26 de julio, y la

encuesta de Philippe Boggio el 27 y el 28 del mismo mes, han revuelto las aguas de este universo adormecido de la cultura francesa: en su mayoría, las reacciones no han sido favorables. Max Gallo se preguntaba por el silencio de los intelectuales en relación con el Poder socialista. Le han contestado, cada uno a su manera, los que estuvieron abiertamente a la izquierda y los que aún ocupan esa instalación. Pero, en general, las respuestas han sido adversas y, algunas, agresivas.

### La cultura y el poder

## Contradicciones entre los intelectuales españoles

En «Au jour le jour», el antiguo recuadro de Escarpit en la primera de «Le Monde», y con la firma de Bruno Frappat, y bajo el título de «Silencio», aparece un breve texto que se plantea desde una perspectiva diferente y que no me resisto a reproducir:

«Se inquietan del silencio de los intelectuales de izquierda. Pero hay, en este momento, un silencio más turbador, pesado y casi insostenible: es el de los tenores de la oposición.»

¿Qué pasa? ¿No hay polémicas, no hay palabras asesinas, no hay denuncias? ¿No hay nada que decir?

Con toda seguridad, ellos están de vacaciones, unos en su castillo, otros en su armadura, todos al sol. Pero no se detienen. Reflexionan. Acumulan citas. En el silencio de su breve retirada, perfilan sus frasecitas, sus sustantivos raros y sus calificativos escogidos que, como los cóquidos, anunciarán pronto el fin del verano.»

El dedo en la llaga. La que ahora calla es la derecha. Pero pronto llegará su arremetida. Dentro de la polémica, y en un trabajo redactado con su habitual desenfado, Henri Lefebvre, aclara un tanto esta cuestión. Sale el filósofo de sus preocupaciones por la «vida cotidiana» para hablar de «la crisis de las vanguardias». ¿Qué pasa con la derecha? «Nadie entre los intelectuales de derecha —escribe— tiene la talla, la consistencia, la envergadura, que merecerían un ataque, una crítica, una refutación. Su nulidad teórica, filosófica, ideológica es casi completa, incluso cuando en algunos momentos han conseguido producir ilusión.»

Otra interviniente, la escritora Helene Parmelin, resueltamente situada en la izquierda, grita a los convocantes y encuestadores: «¡Preservarnos de los "chantres" (de los cantores)!». Y sugiere que cuando ellos piensan que el nuevo Poder no tiene consigo a los intelectuales, quieren decir que no hay "chan-



tres». «He aquí la palabra fea», añade.

El problema, para los franceses, viene de lejos. Desde que «El Monitor» del 28 de agosto de 1789, recuerda Jean Piere Faye, publica el primer escrito en la que se define que en la Asamblea hay una derecha y una izquierda, según su posición en la sala, y en punto a la declaración y exposición de los derechos del hombre, la división ha quedado consagrada. Por lo que se refiere a la definición de «intelectual», se sabe que procede de la histórica polémica organizada en torno al «affaire» Dreyfus. La derecha decidió que Emile Zola y los que le seguían eran los «intelectuales» y ellos lo aceptaron. Ahí sigue la palabra.

Todos los indicios nos permiten augurar que la desencadenada por el portavoz del Gobierno francés no será una tempestad en un vaso de agua. Lefebvre predice una discusión larga sobre las vanguardias. Evoca el filósofo el papel de las vanguardias tras la primera guerra mundial, cuando artistas, poetas, escritores y filósofos se sintieron comprometidos en la tarea de cambiar el mundo. La resis-

tencia contra Hitler les dio validez; el compromiso sartriano, en los duros tiempos de la guerra fría, legitimó el enrolamiento. Luego se produjeron fenómenos que reclamaban ineludiblemente una participación: la guerra de Indochina, la guerra de Argelia, Guatemala, Cuba, Vietnam, Checoslovaquia... Hubo, sin duda, una guerra intestina, sorda, entre los intelectuales de izquierda, sobre ideas y estrategias, posiciones personales... Y vino «Mayo», como un viento lleno de amenazas, pero todo terminó en desencanto y desertiones hacia «cuarteles de invierno» o hacia el intento de creación de una «nueva derecha» ya absolutamente desvanecido.

La voz del viejo Sartre aún sigue sonando, sin embargo. Nos referimos al Sartre de 1965, en plena lucidez: «¿Por qué se leen novelas o ensayos? Hay algo que falta en la vida de la persona que lee, y eso es lo que busca en el libro. Lo que le falta es un sentido, pues precisamente ese sentido total es lo que él dará al libro que lee. El sentido que le falta es, evidentemente, el sentido de su vida, de esa vida que

para todo el mundo está mal hecha, mal vivida, explotada, alienada, engañada, mistificada, pero acerca de la cual, al mismo tiempo, quienes la viven saben bien que podría ser otra cosa. ¿Dónde, cuándo, cómo? Lo ignoran. Aquí no hablamos desde el punto de vista del militante, pues la literatura comprometida no es una literatura de militante. Pero queremos decir que son hombres que no han encontrado todavía su significación; buscan un sentido; su libertad consiste precisamente en que dan un sentido a la realidad... Y la unidad de esos sentidos que ellos quisieran dar a su vida no la encuentran, se les escapa...» Sartre propugna una síntesis a través de los libros. Aquí se insinúa, casi veinte años antes, una respuesta a las demandas del actual Poder.

Ha habido otro enfoque del problema. El de Julio Cortázar, también en «Le Monde», el sábado 13 de agosto, bajo el título de «Un gran ausente». ¿Quién es el «gran ausente»? Sin ninguna duda: el pueblo. Según Cortázar, «es manifiesto que en la mayor parte de sus artículos los intelectuales hablan, sobre todo, para ellos» y dejan de lado «lo que importa verdaderamente; quiero decir el rol, las posibilidades, la eficacia y, bien entendido, los problemas de todo intelectual de izquierda en su calidad de testigo del proceso de mejoramiento social, de progreso socialista de un pueblo». Según el argentino, nacionalizado francés, «es bien conocido que para los intelectuales la actitud natural es la oposición». Y añade: «La sola cosa imperdonable, si se cree en un porvenir socialista para Francia, es renunciar a unirse, de una manera o de otra, a un esfuerzo orientado hacia el conjunto del pueblo francés como finalidad última y rehusar a escuchar esta llamada insistente a la imaginación, a la originalidad y a la multiplicación de estímulos intelectuales que ha caracterizado, desde el comienzo, al

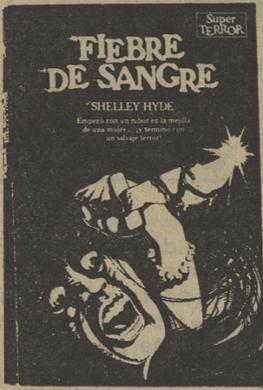
(Pasa a la página 3)

# Iluminados y ConVersos

# LOS DIEZ MANDAMIENTOS

## Terror para el verano

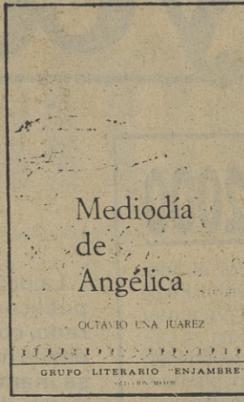
«Fiebre de sangre», de Shelley Hyde. Ediciones Martínez Roca.



Como contraste con la claridad veraniega, nunca vendrá mal una novela negra, de las que tienen bien ganado el apellido. Dentro de la serie Superterror, acaba de aparecer «Fiebre de sangre», un ejemplo perfecto del género, con todos los ingredientes necesarios para producir las emociones que el autor pretende. Se desencadena esta «fiebre» en una ciudad norteamericana, y sus habitantes tienen que desarrollar una «terrible lucha» para defenderse de su extensión. El lema que la subtítulo habla por sí solo: «Empezó con un rubor en la mejilla de una mujer... ¡y terminó con un salvaje terror!» Con estos datos, ya saben ustedes lo que se van a encontrar en sus páginas. En la serenidad del tiempo veraniego no está mal un pequeño trueno terrorífico.

## Intimismo y paisaje

«Mediodía de Angélica», de Octavio Uña Juárez. Grupo Literario Enjambre, Guadalajara.



Funciona bien el grupo literario Enjambre, de Guadalajara. Es una tertulia que se ha convertido en editorial y también en sociedad literaria promotora de conferencias y encuentros. El libro que acaban de editar, «Mediodía de Angélica», es una antología de la poesía lírica amorosa de Octavio Uña, profesor y gran poeta castellano. Uña Juárez es de Brime de Sog, en la provincia de Zamora, y como escritor se sitúa en la mejor línea de la moderna poesía española. En sus poemas encontramos ecos de Antonio Machado y de Blas de Otero. Prologa el libro Leopoldo de Luis. Paisaje y sentimiento se aúnan, como en el mejor Machado, dentro de una estructura formal adecuada con exactitud a las necesidades expresivas.

## Cerdeña, mi amor

«Cósima», de Grazia Deledda. Editorial Espasa-Calpe. Austral.



Hacia mucha falta el recuerdo de una escritora como Grazia Deledda, sarda de nacimiento, de formación y de gusto, con todas las dificultades y las ventajas que ello implica. La que ha publicado Espasa es una novela póstuma, que lleva por título el segundo nombre de la autora. La Deledda no tuvo suerte con la crítica —al menos con la crítica más reputada de su momento histórico (murió en 1936)—, y la profesora María Teresa Navarro Salazar, su prologuista, ha estudiado las razones y ha analizado a fondo, en una interesante introducción, los problemas que la novelista afrontó, la contradicción entre el viejo mundo rural y el nuevo. Otros críticos, como por ejemplo D. H. Lawrence, supieron ver sus valores.

## Una «fórmula mágica»

«Aerobic», de Mervée Meyer-Andersen. Martínez Roca.



Algunos la califican de «fórmula mágica». Se trata de acompañar el ritmo gimnástico y la música para «mantenerse en forma». Dicen que el sistema produce resultados inesperados y que lo han usado con éxito actrices como Jane Fonda, Sidney Rome, Diana Ross y otras. En la introducción se informa al lector que el procedimiento está basado en investigaciones realizadas en Escandinavia y en la República Federal de Alemania. Se asegura que estos estudios dieron como consecuencia la práctica del «jogging». En la obra hay una parte importante dedicada a reproducir las imágenes de los distintos movimientos gimnásticos. No es un libro para leer, sino para utilizar, especialmente en el verano.

## Un extraño Madariaga

«Teatro en prosa y verso», de Salvador de Madariaga. Espasa-Calpe.



Si hay un español universal en el siglo a punto de agonizar, éste es, o ha sido, Salvador de Madariaga. Estuvo en la vida pública: fue ministro, embajador en la Sociedad de Naciones y, sobre todo, escritor. Es autor de obras de considerable envergadura, alguna muy discutida, especialmente la que se ocupa del triunfo y el fracaso de la Segunda República española. Fue autor de novelas y ensayos. Su dominio de numerosos idiomas le abrió al mundo cultural moderno. Lo que la mayor parte de los lectores ignoran es su afición al teatro, cultivada tanto en prosa como en verso, como viene a probarnos la reunión de sus obras dramáticas que acaba de realizar, en un bello volumen, Espasa-Calpe.

## Un escritor sueco

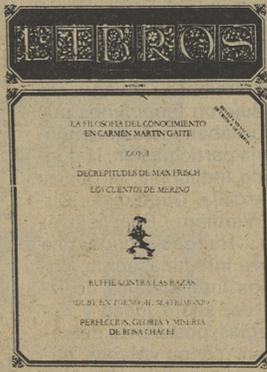
«Esperanza», de Sven Delblanc. Argos Vergara.



«Esperanza» no es el nombre de una mujer —por esta razón aparece entrecuadrado en el título—, sino el de un velero que realiza una azarosa travesía por la ruta de los esclavos. El conde Malte Moritz se encuentra a bordo al cambiar de barco a causa de una tormenta. El buque conduce, hacinados, a seiscientos esclavos. El escritor sueco Sven Delblanc ha de vérselas con una insólita situación: la contradicción que existe entre su pensamiento —propio del siglo de las luces, volteriano y enciclopedista— y la realidad de la esclavitud, contradicción que constituye la clave de esta excelente novela. Una historia «social», por así llamarla, en un siglo revolucionario, con todas las tensiones que implica.

## Una revista literaria

«Libros», de la Sociedad Española de Crítica de Libros, dirigida por A. Delgado Gal.



«Libros» es el título de una revista literaria que dirige el crítico Alvaro Delgado Gal y que, en nuestra opinión, está presidida por normas de exigencia y de rigor. En el último número que conocemos, el de mayo de 1983, hay trabajos importantes de Eduardo Subirats, en la sección «La narración como experiencia», en la que se comenta el reciente libro de Carmen Martín Gaité «El cuento de nunca acabar»; de Miguel Sáez, sobre Max Frisch; un estudio sobre la actualidad de Goya, de María de los Santos García Felguera, etc. Nos ha interesado especialmente el análisis que de las «memorias» de la novelista Rosa Chacel —«Alcancía»— realiza Maribel de Juan, un ensayo muy sereno y meditado.

## Sin piedad

«Monsignore, I y II», de Jack-Alain Leger. Argos Vergara.



Anticlericalismo sin piedad. Así podría definirse el planteamiento que de «Monsignore» ha realizado su autor. Novela que ha constituido la inspiración y la base de una película popular. Quizá la frase del protagonista que se recoge en la portada del tomo I sea suficientemente reveladora del contenido de esta «novela de capa y espada» del siglo XX, con todos los ingredientes, incluidos las finanzas, la mafia, etc. Dice así: «Perdóname, Padre, por haber pecado. He matado por mi país; he robado para mi Iglesia; he amado a una mujer, y soy un sacerdote.» Podríamos llevar a cabo un análisis más detenido sobre este relato de Jack-Alain Leger... Pero ¿para qué? Pensamos que la naturaleza de la narración está bien clara.

## Nuestro Diecinueve

«Historia de España en sus documentos. Siglo XIX», de Fernando Díaz-Plaja. Catedra.



Cada vez se vuelve con más insistencia a los orígenes de las tensiones que cruzan la centuria que corre. De ahí que la idea de reeditar la «Historia de España en sus documentos», empezando por el siglo XIX, nos parezca enormemente útil. Profesor, crítico, historiador, sociólogo, Fernando Díaz-Plaja ha llevado a cabo una labor de erudición y de recopilación muy valiosa. Permite reconstruir la historia de un siglo abundante en conflictos y guerras civiles, que nunca llegó a encontrar un punto de estabilidad. Díaz-Plaja ha planteado su «Historia» como un diccionario, ordenado por años, que permite la rápida consulta del estudioso o del que siente curiosidad por el tema. Este índice cronológico lo hace fácilmente manejable.

## Un gran escritor

«Quervo. Cuadernos de Cultura». Valencia.



«Quervo. Cuadernos de Cultura» es una publicación periódica que editan en Valencia Pablo Lluch, Isabel Burdiel y José María Izquierdo. El número que recibimos está especialmente dedicado a G. Bassani, traducido —e introducido— por Julio Ramos, quien señala su ejecutoria y sus valores poéticos. Nosotros recordamos, no sin nostalgia, el impacto que produjo en los años sesenta la entrada en este país de la obra narrativa de Bassani, verdaderamente excepcional en aquel tiempo, y que acaso necesitase una revisión a la altura de hoy. Digamos que el cuaderno está bien editado, y la traducción, impecable. Sin embargo, es de lamentar la cantidad de erratas tipográficas que aparecen en el texto, y que, se quiera o no, restan calidad a la empresa. De todos modos, un aplauso.

# Iluminados y Conversos

(Viene de la página 1)

Gobierno de François Mitterrand.» Por último, Cortázar formula su propio llamamiento: «Hemos polemizado demasiado en estos últimos tiempos. ¿No sería este el momento de ponerse a trabajar?»

## En España

La encuesta que hemos realizado, cuya segunda parte aparece en este número de «Iluminados y conversos», revela las diferencias de situación entre el intelectual español y el francés. Por otro lado, hace poco más de dos años,

Amando de Miguel publicaba «Los intelectuales bonitos», un libro que, dentro de la aparente frivolidad y del desenfado que definen el estilo de este sociólogo, ponía de relieve con gran agudeza las peculiaridades del mundo intelectual español. Si, de una parte, Juan Goytisolo piensa que «el escritor no debe asociarse al Poder, en modo alguno, ni aunque sintiese simpatía por tal Poder...», por otro, Amando de Miguel prueba, con el ejemplo de Enrique Tierno, la exis-

- El pueblo es el gran ausente, según Cortázar
- Qué pasa con los intelectuales de derecha?, se pregunta Frappat

tencia de la posición contraria. Por supuesto, el «compromiso» a la manera de Sartre que presidió las inquietudes de varias generaciones de intelectuales

españoles, ya no tiene razón de ser (y ahora, por cierto, se proclama la indiferencia de Sartre hacia esta concepción suya cuando se cita su confesión de que

prefería hablar con una mujer que discutir con Raymond Aron, olvidándose del contexto donde esta opinión se inscribe), y en la misma intelectualidad de izquierda hay divergencias que no dejan de producir asombro. Manuel Vázquez Montalbán declara, una vez más, su militancia comunista porque constituye su «seña de identidad», y, sin embargo, Aranguren (recogiendo la cita de A. de Miguel) piensa que «la identidad consigo mismo es una ilusión, generada, las más de

las veces, por la obstinación, por la tonta terquedad y, cuando no, por la casi tan tonta, aunque más simpática, simplicidad». Es, según Aranguren, «la conversión de sí mismo en su propia estatua».

Amando de Miguel no parece estar muy de acuerdo con este último cuando escribe que «la actitud que va desde Ortega a Aranguren es la que sublima la tentación del Poder por el cultivo de invernadero de la crítica política».

De todas maneras, la situación es nueva. Aquí hay ahora también un poder socialista. Se impone el intento de una reflexión análoga a la de los intelectuales de izquierda franceses.

## Los resultados de una encuesta

# INTELECTUALES, CULTURA Y PODER

JUAN GIRON ROGER

Como continuación de la encuesta iniciada el pasado viernes, ofrecemos hoy a nuestros lectores la opinión de varios intelectuales más acerca de la polémica surgida en Francia en que se acusa al colectivo cultural galo de inhibirse frente al Gobierno socialista y sus iniciativas en ese campo.

Las preguntas a que sometimos a nuestros entrevistados eran:

1. ¿Qué relación debe haber entre la cultura y el Poder?
2. ¿Qué repercusiones tendría el planteamiento francés del alejamiento de la intelectualidad de izquierda del Poder socialista en la situación española?
3. Felipe González ha expresado una negativa rotunda al dirigismo cultural desde el Poder, ¿qué opina de estas declaraciones?
4. ¿Cómo funciona la cultura en España?
5. ¿De qué forma definiría al intelectual de izquierda?

CARLOS SECO SERRANO



1. No creo que deba estar excluida del Poder. Tampoco suele quedar bien el intelectual puro cuando está dentro del Poder, salvo casos muy limitados. Fue un caso único el hombre que, desde la intelectualidad, gobernó España: Cánovas del Castillo. Otro caso, al que tengo gran respeto, fue don Manuel Azaña. Pero políticamente no acertó, ya que la República fue un fracaso.

2. No creo que tenga ninguna repercusión. Conozco a intelectuales de primera fila que se identifican con el Gobierno español y además no creo que pueda afirmarse que en Francia la intelectualidad de izquierda esté divorciada del Gobierno. Lo que ocurre es que siempre ha habido una «gauche divine» que está por encima del bien y del mal.

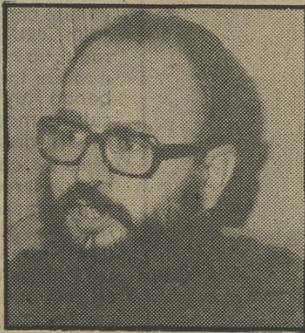
3. Tiene razón el presidente. La cultura debe ser apoyada, respaldada y financiada. Pero no debe haber ninguna hipoteca y eso depende de la postura del intelectual. El Poder no está comprando nada y además está obligado a fomentar la cultura del país.

4. Creo que siempre nos parece poco lo que se haga por la cultura. Pero siempre resulta poco. Yo estoy en la Facultad de Ciencias de la Información y veo lo que allí pasa. Hay un equipo de gente que trabaja con entusiasmo y necesita más para que al menos se vean los resultados.

5. No sabría definirlo. El intelectual siempre procura presumir que es de izquierda. Recuerdo que hablando con

un muchacho de la carrera diplomática le mencionaba a un filósofo español al que admiro mucho, que una vez señaló que la dimensión religiosa en el hombre es imprescindible. Al intelectual de la «izquierda divina» esto no le parece bien y el muchacho me contestó que tener convicciones es síntoma de reaccionarismo. Cuando le pregunté si estaba convencido de eso, me contestó que sí. Este tipo de postura sin asidero no se mantiene fácilmente.

CARLOS ALVAREZ



1. El Poder debe dejar a la cultura en paz. Por definición, son antagónicos y luchan entre sí desde siempre. La cultura siempre ha sido la manera de luchar contra el Poder y convertir el mundo en civilizado. Así que la cultura no deberá dejar jamás en paz al Poder.

2. Hay una especie de conformismo por parte de la cultura «gauchista». Pero el Partido Socialista ha de intentar estar, además de en el Gobierno, en el Poder.

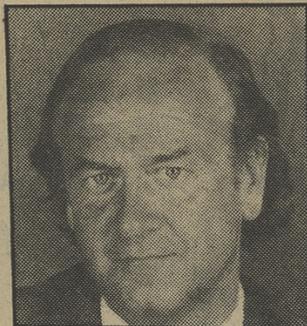
3. Me parece lógico si es verdad. Cada error socialista se convierte en una frase. No es bueno el dirigismo y tampoco que se favorezca el conservadurismo de la cultura desde la derecha ni que se digan cosas para dejar las cosas como están. Los proletarios de todos los países deben seguir uniéndose contra el Poder, ya que con o sin socialismo la postura de las masas ha de ser la misma.

4. Igual que antes. Se relaciona con el ballet, el concierto, el teatro o las novelas. Pero cultura es el cultivo de

las relaciones humanas para convertirlas de competitivas en cooperativas. Mientras haya clases sociales, hablar de cultura es un sarcasmo.

5. Eso es un pleonasmo. Porque intelectual por definición se refiere a alguien de izquierda. Hay gente contradictoria como Borges. En cualquier caso, creo que definiría al intelectual como aquel que problematiza la realidad y no acepta lo que le imponen como real, sin creer nunca en el catecismo.

JOSE MARIO ARMERO



1. Los sistemas han de ser siempre de la máxima libertad y si hay uno que precisa más que ningún otro de libertad es la cultura. Es el fenómeno más contrario al dirigismo. Creo que cultura e intervencionismo son términos antagónicos. Eso me recuerda a la *Kultura* nazi o al intervencionismo soviético en que los dirigentes señalan al pueblo qué es cultura y qué no lo es.

2. El programa socialista francés que llevó al triunfo al Partido Socialista estaba lleno de contenido cultural que despertó ilusiones de cambio. Esto ha fracasado. Existe un fenómeno de decepción que se traduce en falta de apoyo al Gobierno. Aquí no creo que pudiera pasar lo mismo.

3. Entiendo que no están dentro de la ortodoxia socialista, pero comprendo que el PSOE, por razones pragmáticas y de adaptación, se ha convertido a la socialdemocracia, que exige la separación e intervencionismo cultural. Este es un sistema social-liberal incompatible con el dirigismo.

4. Creo que se desarrolla por los cauces de la libre iniciativa y por las leyes del mercado que han permitido el progreso del mundo occidental. La cultura precisa de un sistema mixto. La cultura pública no está desarrollada del todo, pero la privada marcha muy bien.

5. Creo que no tiene que ver ser intelectual para ser de izquierda o de derecha. Para mí, el auténtico intelectual

es el aristócrata del pensamiento, de grandes ideales, defensor de las causas nobles, despegado de la realidad pragmática de la vida diaria y no ha de ser necesariamente de izquierda.

J. J. ARMAS MARCELO



1. El intelectual siempre ha de mostrarse crítico frente al Poder, cualquiera que éste sea. En un momento dado, quizá pueda apoyar al Gobierno políticamente, pero nunca la situación cultural. Porque la cultura es patrimonio exclusivo de la intelectualidad y al Estado sólo le compete apoyar las iniciativas que salgan del intelectual. Esa es la única realación viable, sin correr el riesgo de caer en el mero funcionariado.

2. En España, ninguna. Los socialistas lo están haciendo bien porque «dejan hacer» a los intelectuales. Los franceses no tienen creadores para desempeñar esa política. No estoy de acuerdo con Max Gallo, porque la discusión siempre es saludable. Aquí los creadores van por libre. Y no cabe polémica alguna sobre el Poder y los intelectuales, porque el Ministerio de Cultura no interviene sino para poner coto a la antigua herencia que hay que eliminar. Además, el Ministerio no es la Santísima Trinidad, sino una IBM que recoge las iniciativas.

3. Es una afirmación acorde con su biografía e ideología. El dirigismo cultural lleva al oficialismo en este terreno. La Universidad Menéndez Pelayo, por poner un ejemplo, deja al intelectual hacer lo que le venga en gana. El papel de la cultura ha de ser en todo caso crítico.

4. Bien. Aunque todo apoyo es desmesura y precisa de apoyo desmesurado. Pese a lo que diga Caro Baroja, aquí hay un caldo de cultivo importante.

5. Un ojo rojo crítico, siempre con el colmillo retorcido, exige siempre más de un Gobierno de izquierda que de derecha, y que no tiene empacho en criticarlos a ambos. No es un adversario, sino un crítico. Ahora se apoya masivamente al socialismo español, porque ha tenido más ojo que Mitterrand y ha dado libertad a los creadores.

## Un relato de Dino Buzzati

La pared

Todavía no era de día cuando salimos, el viejo Stratzinger, guía alpino y excelente amigo, mi hermano Adriano y yo, para escalar la pared sudeste de la Ota Muragl en los Alpes Oníricos.

Como es característico de todo ese macizo, se trata de una gigantesca muralla de hielo, roca, arena, tierra, vegetación e incrustaciones artificiales.

Cuando salimos del refugio lloviznaba, y compactas hileras de nubes cubrían por entero las montañas. Confieso que me alegré porque hasta el más empecinado alpinista se alegra, en un primer momento, cuando el tiempo le impide desafiar el peligro, aunque luego llore lágrimas amargas por la ocasión perdida.

Pero en cambio Stratzinger dijo: «Tenemos suerte, hoy hará un día espléndido.» E inmediatamente las madejas de nubes se disolvieron, dando paso a un velo plateado de finísima nieve tras el cual quedarán abiertos de par en par el cielo violeta y la imponente pared de la Ota Muragl, ya inundada de sol.

Nos atamos a la cuerda y emprendimos la ascensión de una empinada quebrada de puro hielo, en la que sin embargo los clavos penetraban como si fuese de mantequilla.

A los lados, sobre los dos escarpados bastiones de roca que cerraban la quebrada, puertas y ventanas se abrían y cerraban, mientras las amas de casa corrían atareadas limpiando, dando brillo, ordenando. Pasábamos tan cerca, que por fuerza tenían que vernos, aunque eso parecía tenerles sin cuidado.

Toda la pared, por otra parte, estaba poblada de gente que escribía, pero la mayoría llenaba con sus charlas los cafés situados en los aleros y en algunas cavernas.

En un momento dado tomamos con un peligrosísimo muro hecho de pedruscos rejuntados con hierbas y raíces. Todo se desmoronaba. Stratzinger propuso regresar. Como los dos hermanos insistimos en seguir, él dijo que entonces era mejor desatarse, ya que, si uno caía, los otros dos al no poderse liberar de ninguna forma, le seguirían fatalmente en la catástrofe.

Poco después Stratzinger y mi hermano desaparecieron tras un arbotante. Yo me encontré agarrado a un matorral que, retenido únicamente por filamentos vegetales, se balanceaba de una forma horrorosa. A tres metros de distancia, en una concavidad de la pared, un concurrido grupo estaba tomando el aperitivo.

Antes de que el matorral se desprendiese del todo arrastrándome con él al abismo, con un salto desesperado conseguí asirme a un bastidor metálico que sobresalía de las rocas como una ménsula, tal vez destinado a sostener un toldo.

—¡Muy ágil para su edad! —comentó sonriendo un jovencito asomado a la abertura de la gruta.

Aferrado con las manos al bastidor de hierro, el

Abogado, escritor, periodista, Dino Buzzati es uno de los grandes novelistas de la posguerra italiana. En su prosa se dan, en armonía, la crónica y la magia, el realismo y la ficción. Argos Vergara publica ahora «Las noches difíciles», sus relatos escogidos. Le ofrecemos hoy parte de la serie titulada «Soledades».

### SOLEDADES

cuerpo oscilando en el vacío, hacía un último esfuerzo por izarme. El matorral, en su descenso, seguía todavía resonando en las profundas entrañas de la vorágine.

Sin embargo, a resultas del peso, el bastidor empezó a doblarse, y a ceder. Estaba claro que iba a romperse. No les habría costado nada, a los del aperitivo, alargarme una mano y salvarme. Pero ya no me hacían el menor caso.

Mientras empezaba a caer, en el silencio sagrado de la montaña, pude oírles claramente discutir del Vietnam, del campeonato

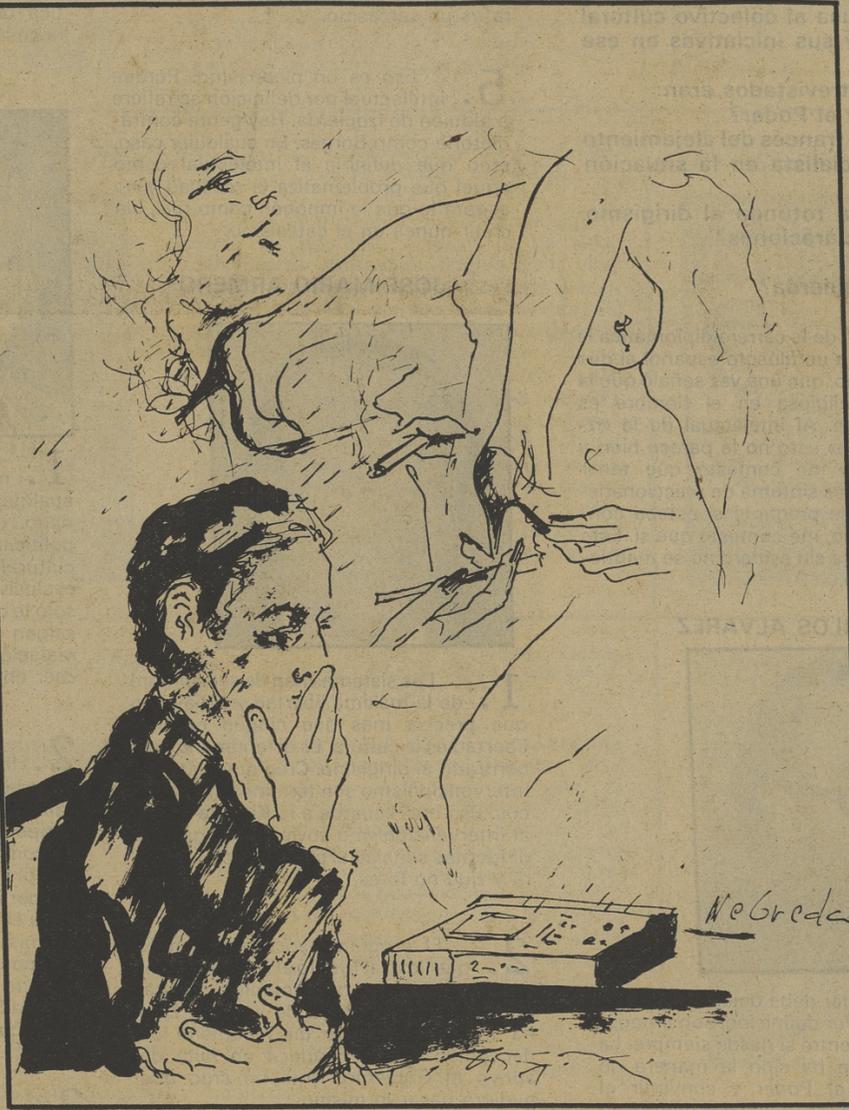
intención de ser arqueólogo explorador.

También su más íntimo compañero de escuela Enrico Ermogene (que ya no existe) había concebido idéntica pasión y juntos habían ido a ver al famoso geógrafo Azzolina (que no existe) para preguntarle si por casualidad conservaba algún antiguo mapa geográfico de la Selva Norte, y Azzolina (que ya no existe) les había mostrado uno, pero estaba equivocado.

Luego vinieron los años de intensos estudios, hasta que el profesor Sullavita (que ya no existe) le nombró su ayudante, encomendándole, junto al otro joven licenciado Nicola De Merzi

sido porque su colega Sergio Basottoli, ya entonces gran amigo suyo, le puso la zancadilla (tampoco él existe), y en cierto sentido Tassol tuvo que volver a empezar desde cero. Un período difícil, ensombrecido también por un proceso contra Luca, su hijo primogénito (que ya no existe) por ultrajes a Su Majestad.

Las vicisitudes académicas, aliviadas por el constante y generoso apoyo del rector magnífico, profesor Tullio Brosada (que ya no existe), tocaron a su fin con la caída de la monarquía. Después de lo cual, ya catedrático, organizó la primera verdadera expedición en busca del sepulcro de Atila,



de fútbol y del festival de la canción.

#### El sepulcro de Atila

Después de veinte años, treinta años, cuarenta años de investigaciones, finalmente Giovanni Tassol ha descubierto, en el corazón de la Selva Norte, el legendario sepulcro de Atila, es la gran victoria de su vida.

Había oído hablar de él por primera vez, cuando era un niño, de labios del profesor de cuarto elemental, Giorgio Nicara (que ya no existe), y aquella misma noche había manifestado a su padre (que ya no existe) su

(que ya no existe) un primer recorrido a lo largo del presumible trazado de la Vía Olobrona que antiguamente atravesaba de punta a punta la temible Selva septentrional.

Eran los felices años de la juventud, cuando los amigos se reunían cada sábado en el salón de la señora Mimí Domínguez (que ya no existe), centro de la vida cultural y artística. Y ahí precisamente había conocido a la deliciosa Annetta Fossadoro, que más tarde sería su mujer (y que tampoco existe).

La expedición debería haberle abierto las puertas de la cátedra, de no haber

acompañado de dos valerosos jóvenes estudiosos, Max Serantini y Gianfranco Sibilli (que ya no existe).

Simultáneamente, otras expediciones fueron emprendidas por el peruano Salvador Lasa, por el marqués Alfred Sofregon y por el apátrida Giusto Da Fonseca (que ya no existe). Una larga epopeya a costa de muchas lágrimas y sangre, pero ahora Giovanni Tassol ha plantado la bandera nacional sobre las ruinas del fabuloso monumento; hacía el que se dirige, a bordo de tres helicópteros, un equipo de la televisión con todo el material necesario.

En el campamento junto



El escucha. Bajo la luz de la lámpara, sentado, escucha. Petrificado sobre el viejo desfondado sillón, escucha. Sin mover en lo más mínimo ninguno de sus miembros, escucha sentado: aquellos ruidos, aquellos versos, aquella tos, aquellos sonidos adorados, divinos. Que ya no existen, que nunca volverán a existir.

#### Los días perdidos

A los pocos días de haber tomado posesión de la suntuosa villa, Ernst Kazirra, al volver a casa, pudo ver desde lejos a un hombre que con una caja sobre los hombros salía por una puertecita secundaria de la tapia del cercado, y cargaba la caja en un camión.

Antes de poder llegar hasta él ya se había marchado. Entonces le siguió en coche. Y el camión hizo un largo recorrido, hasta las afueras de la ciudad, deteniéndose al borde de un barranco.

Kazirra se bajó del coche y fue a inspeccionar. El desconocido descargó la caja del camión y, dando algunos pasos, la echó barranco abajo; que estaba abarrotado de miles y miles de cajas parecidas.

Se acercó el hombre y le preguntó:

—Te he visto sacar esa caja de mi jardín. ¿Qué había dentro? ¿Y qué significan todas esas cajas?

El otro le miró y sonrió: —Todavía tengo más en el camión, para tirar. ¿No lo sabes? Son los días.

—¿Qué días?  
—Tus días.  
—¿Mis días?

—Tus días perdidos. Los días que has perdido. Los esperabas, ¿no es así? Han venido. ¿Qué has hecho de ellos? Míralos, intactos, todavía palpitantes. Y ahora...

Kazirra miró. Formaban un enorme montón. Descendió por el terraplén y abrió uno.

Dentro había una calle de otoño, y al fondo Graziella, su novia, que se iba para siempre. Y él ni siquiera la llamaba.

Abrió otro. Era una habitación de hospital, y sobre la cama su hermano Giosué que estaba enfermo y le esperaba. Pero él se había ido de viaje de negocios.

Abrió el tercero. Junto a la verja de la vieja y miserable casa estaba Duk, el fiel mastín que le esperaba desde hacía dos años, puro pellejo y huesos. Y él ni siquiera pensaba en volver.

Sintió que algo le atosigaba aquí, en la boca del estómago. El descargador permanecía erguido al borde del precipicio, inmóvil como un justiciero.

—¡Señor! —gritó Kazirra—. Escúcheme. Deje que me lleve al menos estos tres días. Se lo ruego. Al menos estos tres. Soy rico. Le daré todo lo que quiera.

El descargador hizo un gesto con la mano derecha, como señalando algo inalcanzable, como dando a entender que era demasiado tarde o que ya ningún remedio era posible. Luego se desvaneció en el aire, y en el mismo instante desapareció también el gigantesco montón de las misteriosas cajas. Y descendió la sombra de la noche.

a las ruinas, en lo más profundo del corazón de la selva, ya se han encendido las fogatas nocturnas. Sentado sobre una piedra, Tassol pasea la mirada en derredor. Sólo alcanza a distinguir, abetos y más abetos y mas abetos, espesísimos, negros. Piensa en los que le han ayudado en su triunfo, en el querido Ennio De Tibertis, superintendente de la administración forestal, tan comprensivo (ya no existe), en la infatigable secretaria de su Facultad Grazia Marasca (que ya no existe), en el devotísimo chófer Armando (que ya no existe), en el piloto Arduino Malinoschi que le hizo sobrevolar muchas veces la zona, y descubrir el sepulcro (tampoco él existe).

El jefe del Estado le ha hecho llegar un caluroso mensaje de congratulación. Los jóvenes ayudantes, los técnicos, los operarios se disponen a homenajearlo allí mismo, con medios improvisados. Se respira alegría.

Sentados sobre una piedra, mira en derredor suyo. Árboles, árboles y más árboles. Nada más. Está solo.

#### El magnetofón

Le había dicho (en voz bajísima) le había suplicado cállate por favor, el magnetofón está grabando de la radio, no hagas ruido, sabes que me interesa, está grabando Rey Arturo, de Purcell, hermosísimo, puro. Pero ella, displicente, pérfida, mala pécora, arriba y abajo con un terco taconeo por el mero placer de verle enfurecerse y luego carraspeaba y luego tosía (a propósito) y luego hacía como que se reía sola y encendía la cerilla procurando hacer el máximo ruido y luego más pasos resonando arriba y abajo con arrogancia, y mientras tanto Purcell, Mozart, Bach, Palestrina, los puros y divinos cantaban inútilmente, ella miserable pulga, piojo, angustia de la vida, así no se podía seguir.

Y ahora, después de tanto tiempo, él hace funcionar la vieja atormentada cinta, vuelve el maestro, el divino, vuelven Purcell, Bach, Mozart, Palestrina.

Ella ya no está, se fue, le abandonó, prefirió abandonarle, él no sabe ni siquiera vagamente qué ha sido de ella.

Ahí están Purcell, Mozart, Bach, Palestrina, sueñan, sueñan estupidísimos, malditos, nauseabundos.

Aquel repiqueteo arriba y abajo, aquellos tacones, aquellas risitas (la segunda sobre todo), aquel aclararse la garganta, la tos. Eso sí, música divina.